

Edita Fundación "la Caixa"

Órganos de gobierno de la Obra Social "la Caixa"

COMISIÓN DE OBRAS SOCIALES

Presidente	Ricardo Fornesa Ribó
Vicepresidentes	Salvador Gabarró Serra, Jorge Mercader Miró, Manuel Raventós Negra
Vocales	Marta Domènech Sardà, Javier Godó Muntañola, Inmaculada Juan Franch Justo B. Novella Martínez, Magín Pallarés Morgades
Secretario	Alejandro García-Bragado Dalmau
Director general de "la Caixa"	Isidro Fainé Casas
Director ejecutivo de la Obra Social	José F. de Conrado y Villalonga

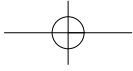
PATRONATO DE LA FUNDACIÓN "LA CAIXA"

Presidente	José Vilarasau Salat
Vicepresidentes	Salvador Gabarró Serra Jorge Mercader Miró Isidro Fainé Casas
Patronos	Ramón Balagueró Gañet, M ^a Amparo Camarasa Carrasco, José F. de Conrado y Villalonga Marta Domènech Sardà, Manuel García Biel, Javier Godó Muntañola, Inmaculada Juan Franch Juan José López Burniol, Montserrat López Ferreres, Amparo Moraleda Martínez Miguel Noguer Planas, Justo B. Novella Martínez, Vicente Oller Compañ, Magín Pallarés Morgades, Alejandro Plasencia García, Manuel Raventós Negra Leopoldo Rodés Castañe, Luis Rojas Marcos, Lucas Tomás Munar, Francisco Tutzó Bennasar, José Vilarasau Salat, Nuria Esther Villalba Fernández, Josep Francesc Zaragozaà Alba Alejandro García-Bragado Dalmau
Secretario (no patrón)	
Vicesecretario (no patrón)	Oscar Calderón de Oya
Director General de la Fundación "la Caixa"	José F. de Conrado y Villalonga

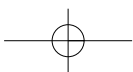
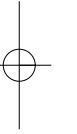
ÁREA SOCIAL DE LA FUNDACIÓN "LA CAIXA"

Directora	S.A.R. La Infanta Doña Cristina
Subdirectora	Silvia Noguer Figuerol
Coordinadora de la publicación	Diana Molina Grasa
Ilustraciones	Francesc Rovira
Redacción de «Saber más»	Erika Alfageme Anavitarte
Coordinación de autoría de «Saber más»	Departamento de Educación de Entreculturas-Fe y Alegría
Fotografías	Sergi Càmara, Intermón-Oxfam, Médicos Sin Fronteras
Diseño	Joaquín Monclús
Corrección y traducción	Manners
Impresión
Agradecimientos	Entreculturas-Fe y Alegría, Intermón-Oxfam, Médicos Sin Fronteras, Carles Garcia-Vivé, Bernard Lapeyre, Toni Luna, Irene Ortega, María Chalaux, Cecile Barbeito

© del texto, Bru Rovira
 © de las ilustraciones, Francesc Rovira
 © de la edición, Fundación "la Caixa", 2006
 Av. Diagonal, 621 - 08028 Barcelona
 DL:



KALUME Y SUS HERMANAS



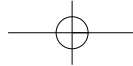
La Obra Social "la Caixa", a través de su Programa de Cooperación Internacional, colabora desde 1997 en diferentes proyectos y programas para contribuir a la mejora de las condiciones de vida de los refugiados y desplazados en el mundo.

En total, se calcula que hoy más de 200 millones de personas viven fuera de sus países de origen, de las cuales más de 35 millones han tenido que huir de sus lugares de origen víctimas de la injusticia y de la violencia. Todas ellas tienen razones fundadas para salir de su tierra en busca de una vida mejor. Todas ellas deberían tener garantizados sus derechos básicos y recibir un trato respetuoso y humanitario. Pero la persecución que sufren las hace más vulnerables y más necesitadas de protección.

Un tercio de los refugiados del mundo están instalados provisionalmente en los campos de refugiados o desplazados, donde se encuentran a la espera de que la situación en sus países se estabilice social y políticamente para volver y reprendre su vida cotidiana.

Con *Kalume y sus Hermanas*, el Programa de Cooperación Internacional de la Obra Social "la Caixa" pretende contribuir a que los más jóvenes tengan un mejor conocimiento de la realidad en la que viven miles de refugiados del mundo. La historia de Bru Rovira, ilustrada por Francesc Rovira, nos introduce a la realidad en la que viven muchos niños, cuya infancia se ve truncada por la guerra. A continuación se relatan a modo de ejemplo, a través de alguna de las iniciativas de colaboración de la Obra Social "la Caixa", el trabajo que realizan las ONG que aportan esperanza y nuevas oportunidades a los refugiados. Por último se ofrecen algunos recursos para poder informarse e informar sobre la materia.

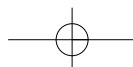
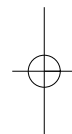
También con este mismo objetivo, a lo largo de 2007 itinera en los centros de la Obra Social "la Caixa" la exposición «Refugiados. Vidas en tránsito» con fotografías de Sergi Càmara, un documental de Marc Beneria y materiales diversos que provienen de los propios campos de Kiziba y Gihembe, en Ruanda.

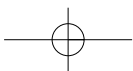
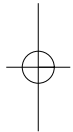
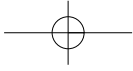


KALUME Y SUS HERMANAS

Una historia del Congo

Texto de Bru Rovira
Ilustraciones de Francesc Rovira





Índice

Kalume y sus hermanas	9
Los autores	31
Saber más	32
Recursos de Internet	35
Glosario	36
Iniciativas de cooperación. Chad	40
Iniciativas de cooperación. República Democrática del Congo	42
Iniciativas de cooperación. Ruanda	44



KALUME Y SUS HERMANAS

Una historia del Congo

I

Hola, me llamo Kalume, tengo 14 años y ya no soy una niña.

Esta mañana, el maestro del colegio donde estudio nos ha explicado algo que me ha hecho pensar.

–Hoy vamos a tratar un tema muy importante que os afecta a todos, a los niños y a las niñas– ha dicho nada más empezar la clase. Luego, muy serio, se ha acercado hasta la pizarra y ha escrito:

«LA SEXUALIDAD»

Al pobre maestro se le veía un poco azorado, porque todo el mundo ha empezado a reírse y a decir tonterías y André se ha puesto a imitar a un asno desde el fondo de la clase.

A mí me ha dado un poco de pena y también risa.

André tiene buen corazón. Pero es un chico nervioso, incapaz de concentrarse o de entender lo que dice el maestro. Siempre se sienta en la última fila y cuando los demás hacemos multiplicaciones o divisiones, él dibuja monigotes en su cuaderno o se queda mirando por la ventana mientras roe el lápiz como si fuera regaliz, ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor.

Cuando se pone así, nadie se atreve a decirle una palabra, porque sabemos que si André se enfada puede ser muy violento. Es como si le dominara un demonio. Entonces, insulta y pega a todo el mundo. Otras veces, sin embargo, parece que el demonio se lo coma por dentro, le chupe el alma y le mastique las entrañas, porque André enmudece, no escucha lo que dices y sus ojos se vuelven opacos y oscuros como un pozo sin agua. Cuando esto ocurre, es peor que cuando se enfada y a mí me pone muy triste. Aunque sé que no es bonito llorar y que a los niños les da rabia hacerlo, yo deseo con todas mis fuerzas que lllore.

—Por favor André, llora— digo bajito. —Por favor, hazlo.

Deseo que lllore para que se vaya el demonio.

«¡LLORA, ANDRÉ, TE LO SUPLICO!»

No puedo verlo callado.

Prefiero que haga tonterías. Que rompa cosas.

Porque pienso en mi propia vida y en la de mis hermanas. Porque pienso en la guerra.

En el pueblo dicen que André es así por culpa de algo que le pasó y, aunque yo no sé qué es lo que le pasó exactamente, me lo puedo imaginar. También debe ser algo de la guerra. Como a nosotras.

Ya no soy una niña.



*Siempre se
sienta en la
última fila...*

Al principio no me gustaba lo que le ocurría a mi cuerpo. Me daba vergüenza.

En Kongolo tenemos un río muy hermoso, el río Congo, que llega hasta el mar Atlántico tras muchos días de navegación desde mi casa. El río es tan grande que a veces parece un mar y no se puede ver la otra orilla. A una hora del embarcadero existe una enorme cascada donde se bañan los hipopótamos. Y por la noche, si te fijas bien, puedes ver a los cocodrilos descansando en la orilla. Sus ojos parecen lucecitas en la oscuridad. A veces pienso que el suelo de la Luna debe ser como el lomo de los cocodrilos y me pregunto si estos animales no serán rocas resucitadas, porque las monjas nos han dicho que todo lo que existe en la naturaleza está vivo y que incluso los árboles tienen alma.

A los niños nos encanta bañarnos en el río. Al salir del colegio corremos hasta el embarcadero y nos bañamos. En el embarcadero siempre hay mucho bullicio porque por la tarde llegan los pescadores y las barcas que transportan el aceite de palma. Los niños jugamos y nadamos hasta que llega la hora de ir a casa, que es cuando cae el sol. En Kongolo, el sol sale a las seis de la mañana y se acuesta a las seis de la tarde. Doce horas de luz. Doce horas de oscuridad. Es así porque vivimos en el trópico.

Al principio no me gustaba lo que ocurría a mi cuerpo y cuando empecé a cambiar me daba vergüenza bañarme en el río. Sentía que mis brazos eran demasiado largos y no sabía qué hacer con ellos; encorvaba la espalda para esconder los pechos, pero hay cosas que no se pueden disimular aunque te cubras las caderas con el *bubu* de colores que me ha regalado mamá. Cuanta más vergüenza sentía, más me miraba la gente. Y tampoco mi cara llena de granitos me parecía muy bonita. Por esto dejé de bañarme y me quedaba en la orilla mirando a los más pequeños, añorando mi cuerpo de niña.

El maestro ha explicado esta mañana que este cambio es porque nos convertimos en mujeres. Y los niños, en hombres. Pero lo que a mí me ha hecho pensar es la histo-



*...no me gustaba
lo que ocurría
a mi cuerpo...*

ria de las langostas. Incluso André ha dejado de hacer tonterías para escucharla con atención.

Las langostas, dice el maestro, viven en el fondo del mar y cuando se hacen mayores mudan su piel, que es como una armadura. Se trata de un momento muy peligroso y delicado de su vida porque durante un tiempo se quedan sin protección, expuestas a cualquier depredador, especialmente el congrio, que es un pez al que le encanta comer la carne tierna de la langosta.

—¿A quién no le gusta la langosta? —ha preguntado el maestro lamiéndose los labios.

Todos nos hemos reído, aunque sólo Mumbam, que un día estuvo con su papá en la gran ciudad de Lubumbashi y las había probado, ha levantado el dedo para explicar que son carnosas y su sabor parece el del pollo y el pescado juntos.

—¡Riquísimas! Como si el pollo se pudiera masticar sin dientes —ha dicho enrojeciendo.

—¡Como un helado de pollo! —ha gritado André mientras gesticulaba chupándose los dedos y se subía encima de la mesa.

Pues bien, ha explicado el maestro, durante la adolescencia, cuando nuestro cuerpo se hace adulto, nos pasa como a la langosta: quedamos desprotegidos porque ya no somos unos niños a los que todo el rato cuidan los mayores, pero todavía no hemos crecido lo suficiente para poder cuidar de nosotros mismos.

Así que el peligro acecha.

Y tenemos que tener cuidado.

Y ser responsables.

El maestro ha hablado de muchos peligros: cosas que nos pueden hacer los demás; y cosas que podemos hacer nosotros porque queremos ir deprisa y todavía no estamos preparados.

Ha hablado del sexo. De fumar o beber. De escaparse de casa y discutir con papá y mamá. De pelear con los amigos.

Y mientras hablaba yo he empezado a pensar en lo que me había ocurrido a mí cuando era una pequeña langosta y de golpe todo se derrumbó a mi alrededor y me quedé sola, sin ninguna coraza para protegerme.

¡Yo había tenido que mudar la piel antes de cambiar de cuerpo!

También les pasó a otros muchos niños y niñas que se hicieron mayores cuando todavía eran pequeños.

Ocurrió durante la guerra. Nos quedamos desnudos, sin coraza, a merced del congrio.

Ahora que no soy una niña ya lo puedo contar.

II

Marie Louise no es mi madre. Y Bilengue no es mi padre. Aunque yo les llamo papá y mamá ellos no son mis verdaderos padres.

Esto para que lo sepáis.

A veces, cuando cruzo la mirada con André, siento que tenemos algo en común, porque también él se quedó sin padres durante la guerra.

Antes de venir a vivir a Kongolo con mis hermanas, vivíamos en una pequeña aldea, cerca de la cascada. Papá y mamá trabajaban haciendo aceite de palma, que vendíamos en el mercado.

También teníamos un pequeño huerto, dos cabras, gallinas y un marrano. Éramos muy pobres y no podíamos ir a la escuela, así que ayudábamos a papá y a mamá. Y jugábamos.

Además de mis hermanas pequeñas, Safi y Ebambe, teníamos un hermanito, Mufane, que nació el segundo porque yo soy la mayor.

Cuando aquello que os voy a contar ocurrió yo tenía 9 años. Mufane, 7, Safi, 6. Y Ebambe, 4.

Estábamos durmiendo en la choza. Papá, que siempre se levantaba el primero, entró gritando:

—¡Rápido, salid! ¡Vienen los soldados! ¡Venga, mamá, nos vamos! ¡No hay tiempo que perder! ¡Kalume, espabila, encárgate de tus hermanos!

Mamá estaba muy asustada y nosotros también.

Mamá empezó a preparar un hatillo con la olla y cosas de la cocina, pero de pronto oímos un ruido terrible muy cerca de la casa, como una explosión, y luego otra y otra y otra. El suelo tembló. Papá y mamá empezaron a gritar.

—¡Venga, niños, corred; venga, deprisa!

Papá iba delante. Mamá corría detrás arrastrando a Ebambe. Los tejados de las casas empezaron a arder a nuestro alrededor y todo el mundo corría y gritaba, y papá nos hizo correr hacia la selva y casi no veíamos nada porque todo estaba lleno de humo y sólo se oían los gritos, gritos aterradores, mujeres que chillaban, niños llorando, los hombres que no paraban de gritar y dar órdenes. De pronto empezaron a sonar muchos ruidos, ruidos secos y fuertes, porque nos estaban disparando y mucha gente caía al suelo y no se podía levantar. Entonces fue cuando papá se quedó quieto, así, sin moverse, como si le hubiera dado un calambre; todos nos paramos, qué pasa, papá, qué pasa, por favor, papá, y papá, que todavía estaba de espaldas, se giró y se nos quedó mirando con los ojos en blanco, sosteniéndose el pecho con la mano, hasta que se desplomó. Me incliné para ayudarle y vi que sangraba y que tenía clavada una flecha. —Kalume —dijo papá en un susurro—, Kalume, mi niña, mi tesoro, cuida de mamá, cuida de tus hermanos, ahora eres la mayor...

No quería dejar solo a papá, pero al volver la cabeza vi unos ojos que me miraban desde el bosque, eran como los de una hiena al acecho. Pero no eran los ojos de un animal, sino los de un hombre medio desnudo, armado con un arco. Luego todo se llenó de ojos, como si aquellos hombres que avanzaban hacia nosotros con sus fusiles fueran una manada de animales salvajes. Entonces oí los gritos desesperados de mamá:

–¡CORRE, KALUME, CORRE!

Mamá gritaba.

–¡CORRE, KALUME, CORRE!

Me levanté y empecé a correr con todas mis fuerzas. Apenas recuerdo nada más, porque todo se llenó de humo y de gente y casi no podía respirar. Safi iba agarrada de mi mano. Mamá corría delante de nosotras.

Y corrimos, corrimos, corrimos, hasta que cesaron los disparos y llegamos a un claro del bosque donde había mucha gente que lloraba y gemía, y nos encontramos con el señor Kalukula, nuestro vecino, que nos dijo que podíamos parar porque los soldados ya no nos seguían.

Entonces mamá nos arropó con su enorme falda y todos nos abrazamos como los polluelos se abrazan a la clueca mientras mamá nos tocaba la cabeza y repetía nuestros nombres para asegurarse de que no nos habíamos perdido.

–Kalume, Safi, Mufane –decía mamá–. Mi pequeña Ebambe –dijo apretándola contra nosotros–, ¿qué será de ti, tan pequeñita? ¿Qué será de nosotros?

Entonces se sentó en el suelo y empezó a llorar.

*...empecé a correr
con todas
mis fuerzas...*

18



III

André tiene 14 años, como yo. Un día el maestro lo castigó porque le pilló dibujando en el pupitre una «A» y una «K», que unió con un corazón.

Así:



El maestro estaba muy enfadado.

—¡Dios mío, André! ¡Qué cosas se te ocurren! —gritó.

Todos pensamos que iba a darle un cachete, pero después de un largo silencio habló de la importancia que tenía cuidar la escuela. De lo triste que es cuando los niños no pueden estudiar, como nos ocurrió a nosotras cuando éramos pobres o durante la guerra, cuando todas las escuelas fueron saqueadas y los soldados utilizaron las mesas y los bancos para hacer leña para cocinar.

—¡Incluso quemaron los marcos de la ventana! —dijo el maestro, poniéndose las manos en la cabeza, horrorizado.

Bernadette, que siempre está en las nubes, levantó la mano y dijo que las ventanas son para mirar y no para comérselas. Bernadette es de los pequeños de la clase y nunca se entera.

—Ahora tenemos una hermosa escuela —continuó el maestro—, con las paredes recién pintadas de blanco. Una pizarra azul claro. Tenemos bancos y pupitres nuevos. Cuadernos, lápices. Tenemos unos maestros que os quieren mucho —dijo— y unos amigos en Terrassa que nos ayudan.

—¿Qué pensarán estos amigos si descubren que no sabemos cuidar de nuestra propia escuela?

Le dijo a André que hasta que no hubiera reparado el pupitre no podría salir a jugar, y que le daba igual cuánto tiempo tardase en limpiarlo, pero que el pupitre tenía que quedar como lo había encontrado.

André escondió la cabeza, arrepentido.

«Eres un tonto, un salvaje, un animal, un bruto», pensé yo.

Y fue en aquel momento cuando nuestras miradas se cruzaron y, aunque sólo fue por un segundo, vi cómo André sonreía.

¡ME SONREÍA A MÍ!

Entonces supe que aquella «K» que había dibujado en el pupitre era la «K» de Kallume y la «A» era la «A» de André. Sentí un cosquilleo en el estómago y un ardor tan fuerte en las mejillas que tuve que bajar la mirada para disimular.

IV

Cuando mi padre, el de verdad, murió, el señor Kalukula nos ayudó. El señor Kalukula era muy amigo de papá y siempre se echaban una mano. Por la noche solía venir a visitarnos. Los dos se sentaban en el porche, bebían cerveza de plátano, fumaban y conversaban. Así que cuando nos escondimos en la selva, huyendo de los soldados, el señor Kalukula le propuso a mamá que nos uniéramos a su grupo. Los primeros días en el bosque, el señor Kalukula nos dio maíz, pero no pudimos cocinar ni las alubias ni el arroz que tenía, porque si hacíamos fuego, el humo podía atraer a los soldados.

Un día, el señor Kalukula dijo que se acercaría hasta la aldea para echar un vistazo, a ver si los soldados se habían ido y ya podíamos volver a nuestras casas.

Regresó al cabo de dos días, entrada la noche. Tenía muy mala cara.

–No queda nada –explicó con lágrimas en los ojos–. Se lo han llevado todo. Y han quemado las casas.

El señor Kalukula dijo que era muy peligroso salir de nuestro escondite en la selva porque todo estaba lleno de soldados y que había tenido que caminar agazapado en la maleza, esquivando las patrullas. Los soldados saqueaban todas las aldeas. En Kongo incluso se habían llevado los cables eléctricos. Y había visto a un grupo comerse la vaca de la familia Kalombo.

–Vienen con sus camiones –dijo– y cargan todo lo que tenga alguna utilidad. Bicicletas. Colchones. Los aperos agrícolas. La ropa. Las redes de los pescadores. Las ollas. Las cucharas. Los libros de la escuela. Las gallinas. Los cerdos. No queda nada.

–Hay muchos muertos y los perros se han vuelto salvajes –dijo.

Mamá empezó a llorar.

Desde que habían matado a papá, mamá lloraba a todas horas.

Nosotros también llorábamos, porque teníamos hambre y añorábamos a papá.

Aquella noche, mamá tuvo mucha fiebre y cuando nos despertamos, no se podía mover. El señor Kalukula dijo que tenía malaria y que estaba muy débil.

Pasaron unos días y mamá cada vez estaba peor. Durante el día Mufane se internaba en la selva con los hombres y el señor Kalukula para buscar comida. Comíamos setas, raíces, insectos y frutos silvestres y bebíamos el agua del rocío que se posaba en las hojas de las plantas.

Una noche, mamá empezó a hablar en sueños. El señor Kalukula dijo que deliraba y yo pensé que a lo mejor estaba con papá, porque a veces decía su nombre.

A media mañana, mamá despertó. Mufane había conseguido unos frutos silvestres y se los tendió orgulloso.

–Toma, mamá, come.

Todavía le veo. Pobre Mufane. Allí, de pie, casi desnudo, con la barriga hinchada. La cara sucia. Los mocos asomando. El pelo revuelto y seco como una costra:

«TOMA, MAMÁ, COME»

Mamá nos hizo un sitio a su lado. Tenía la expresión serena. Nos estuvo mirando durante mucho rato.

Estaba muy guapa. Antes de cerrar los ojos, nos sonrió.

Ahora estábamos solos, y yo era la mayor.

Un día, los soldados descubrieron nuestro escondite, todo se llenó otra vez de gritos, humo y disparos, y tuvimos que correr hacia el interior de la selva.

Durante la huida perdimos al grupo del señor Kalukula y ya no teníamos a nadie.

V

–¿DE DÓNDE HAN SALIDO ESTOS NIÑOS? –preguntó la doctora Paula cuando nos vio en el hospital del campo de refugiados.

«Estos niños», dijo. No niñas, sino «¡niños!».

Marie Louise, que es mi mamá de ahora, todavía se ríe al recordarlo.

Dice Marie Louise que unos señores nos llevaron hasta el hospital y que estábamos tan sucias y tan asustadas que la doctora ordenó inmediatamente que nos lavaran y quemaran nuestras ropas, porque teníamos la sarna.

Y fue al desnudarnos cuando vieron que no éramos unos niños, sino unas niñas.

Yo no dije nada.

Marie Louise dice que yo no hablaba. Safi y Ebambe tampoco hablaban. Nos lla-



*...unos señores
nos llevaron
hasta el hospital...*

maban «las huérfanas de Kongolo», porque no sabían nuestros nombres. Nos habíamos vuelto sordas y mudas.

A Mufane ya no le vimos más. Cuando llegamos al hospital, Mufane ni siquiera podía caminar. Murió en brazos de Marie Louise, que es enfermera y ayudaba a la doctora Paula. Mufane murió desnutrido. Esto me lo ha contado Marie Louise, mi nueva mamá, ahora que ya soy mayor.

Dice mamá que todos los días venía a darnos las buenas noches y nos hablaba, y que la doctora Paula nos contaba cuentos. Yo las miraba mientras acariciaba en silencio el hermoso cabello largo y fino de la doctora, y rozaba con la mano su piel blanca; porque la doctora es de Barcelona y es blanca.

Dice Marie Louise que durante el día nos sacaban al patio del hospital para ventilar la nave y que todos los enfermos iban desplazándose a medida que el sol giraba, buscando la sombra. Pero que nosotras siempre nos quedábamos quietas, rezagadas, insensibles a los rayos cegadores. Y que entonces ella tenía que llevarnos en brazos hasta alcanzar el grupo y la sombra protectora.

Pasó mucho tiempo.

Nos llamaban «las huérfanas de Kongolo» y «las mudas». Nosotras lo entendíamos todo, pero nos daba igual.

Un día que jugábamos solas en un rincón del campo de refugiados, junto al tanque de agua, Marie Louise nos estuvo espiando y oyó cómo hablábamos entre nosotras «¡Así que no son mudas!», pensó.

Un día, la doctora Paula dijo que teníamos que dejar el hospital porque ya estábamos curadas y ella necesitaba las camas para los enfermos.

Nos trasladaron a una cabaña del campo de refugiados donde vivían dos ancianos solos.

En el campo de refugiados no hay casas. La gente que ha huido y no tiene donde

ir construye una cabaña con un plástico azul que le dan y las ramas que encuentra en el bosque. Todas las cabañas están apretujadas, sin intimidad. Para taparte del frío y de la humedad del suelo tienes unas mantas.

También te dan la comida. Coges el carné con tu número, que es un «carné de refugiado», y tienes que hacer una cola para recoger la comida. A veces es maíz, o judías; luego un poco de azúcar y sal. El agua hay que ir a buscarla a unos tanques que montan en los «puntos de distribución».

Todo tiene un nombre: «las letrinas», que son unos agujeros en el suelo para las necesidades, tapados con plásticos, como si fueran una casita sin techo; «las duchas», que están al aire libre y donde todos nos duchamos juntos; el «registro», que es donde la gente que llega hace cola para que le den el «carné de refugiado»; «el campo de cólera», que es una zona del hospital aislada porque allí curan a los que tienen mucha diarrea y donde está prohibido entrar.

Un campo de refugiados es como si fuera una aldea de mentira, porque hay de todo pero nada es tuyo de verdad. Viven miles de personas apretadas y la gente se queja y sólo piensa en marcharse a su casa.

VI

Durante el tiempo que vivimos en la cabaña con los dos ancianos, Marie Louise venía todas las noches para arroparnos y darnos un beso a cada una.

Aunque ya no estábamos enfermas, la doctora Paula también dejaba que la visitáramos al hospital y nos contaba cuentos.

Una vez contó la historia de un gigante que vivía debajo de la tierra y cada día salía a pasear rompiéndolo todo con sus enormes pies:

¡CRASH, CRASH, CRASH!, trituraba a su paso.

La gente tenía mucho miedo, porque el gigante era capaz de destrozar una aldea entera y disfrutaba asustando a los pobres campesinos, que huían aterrorizados. Tenía tanto apetito que devoraba las cosechas y todo tipo de animales. A los animales se los comía crudos, como si fueran cacahuetes. No importaba el tamaño. Era capaz de comerse una vaca entera de un solo bocado, sin masticar.

Un día, el gigante tropezó y cayó de bruces contra el suelo. La tierra tembló. Los pájaros de la selva levantaron el vuelo asustados. Los cocodrilos se hundieron hasta el fondo del río. Las hormigas se refugiaron en sus nidos. Las mariposas se hicieron capullos y los capullos, gusanos.

Pero hubo una hormiga, la más pequeña de todas las hormigas, que no se asustó. Se plantó delante del gigante y, cruzando los brazos, se lo quedó mirando:

El gigante, todavía en el suelo, gruñó contrariado:

–¿Qué haces aquí, hormiga enana?

–Estoy mirando a un saco de grasa al que le apesta el aliento –contestó tan tranquila la hormiga.

–¿No sabes quién soy? ¿No sabes que todos me tienen miedo?

–Sé quien eres y no te tengo miedo. ¿Cómo le voy a tener miedo a una bola de sebo sin cerebro?

El gigante trató de pensar en lo que le decía la hormiga, pero como era un bruto se hizo un lío y mientras intentaba resolver la situación la hormiga ya se había subido hasta su narizota, se había metido dentro de uno de los agujeros y le hacía cosquillas.

El gigante empezó a reír como un niño, sin poder levantarse de tanta risa. Luego rió como un loco. Cuando ya llevaba más de una hora riendo sin parar, le dijo a la hormiga que no le hiciera más cosquillas. La hormiga seguía dentro de su nariz sin hacerle caso.

Pasaron dos horas. Pasó un día entero. Pasó una semana. El gigante seguía tumbado en el suelo. No podía parar de reír.

Los campesinos salieron de su escondite en la selva para contemplar la escena. Los pájaros regresaron a los árboles. Los cocodrilos emergieron del fondo del río para tenderse en la arena de la orilla. Los gusanos volvieron a fabricar sus capullos y las mariposas emprendieron el vuelo.

El gigante reía y reía, hasta que empezó a reír y a llorar porque no podía más.

–Por favor, hormiga –decía–, por favor, deja de hacerme cosquillas. Te lo suplico.

Al cabo de un mes, el gigante se desmayó, derrotado. La hormiga salió de la nariz y se dispuso a esperar a que despertara. Cuando el gigante despertó, la hormiga dijo:

–¿Qué tal estás, grandullón?

El gigante parecía un perro faldero asustado.

–¿Todavía te quedan ganas de hacer daño a la gente? –preguntó la hormiga.

Entonces escaló la nariz del gigante y, como si montara un animal prehistórico, lo cabalgó hasta las montañas de la Luna, donde todavía vive y se ha vuelto vegetariano, como los gorilas.

Cuando hay luna llena, puede verse su silueta recortada. Dicen los que la han visto que en la punta de su enorme narizota a veces puede distinguirse el perfil de una hormiga, erguida y orgullosa como un mascarón.

Ya sé que el cuento de Paula es un poco infantil. No le dije que me había gustado, porque todavía era sorda y muda.

Aquella noche Marie Louise vino como siempre a darnos un beso y cuando ya estábamos bien arropadas debajo de la manta, las tres juntas, Safi, Ebambe y yo, Marie Louise estuvo hablando mucho rato y nos preguntó si queríamos que fuera nuestra nueva mamá.

Explicó que también había perdido su casa durante la guerra, pero que ahora que la guerra había terminado tenían una nueva casa en Kongolo. Dijo que vivía con Bilengue, su marido, que podía ser, si queríamos, nuestro nuevo papá. Que Bilengue era un buen hombre y tenía una barca. Dijo que la doctora Paula había encontrado unos amigos en Terrassa que querían ayudarnos. Eran los mismos que estaban reparando la escuela. Nosotros podríamos ir a esa escuela para aprender a leer y escribir. Dijo que lo pensáramos. Que no había ninguna prisa. Que ella estaría muy contenta de ser nuestra mamá.

Aquella noche no pude dormir. Safi y Ebambe tampoco durmieron. Las tres estuvimos toda la noche abrazadas, con los ojos bien abiertos. Al amanecer, nos levantamos muy temprano y fuimos hasta las duchas para lavarnos a fondo. Luego nos vestimos con la ropa que habíamos puesto a secar. Ebambe tiene un pelo que parece un nido de pájaro y tuve que desenredarlo para dejarla bien guapa. A Safi le fregué las rodillas y le limpié los mocos.

Cuando la doctora Paula y Marie Louise llegaron al hospital, allí estábamos las tres hermanas esperando a nuestra nueva mamá.

Mamá nos abrazó fuerte y empezó a llorar. No lloraba de pena. Lloraba de emoción. La doctora también lloró. Y nosotras también lloramos. No podíamos parar de llorar. Mamá decía:

VII

Ahora que no soy una niña, ya puedo contar mi historia.

Puedo recordar sin quedarme muda. Y puedo pensar.

No paro de darle vueltas a lo que ha dicho el maestro esta mañana, lo de las langostas, que cuando cambian la piel quedan desprotegidas y el congrio se las puede comer.

A veces sueño que soy una niña pequeña y que estoy atrapada en la hierba. Quiero huir, pero mis pies en vez de correr se hunden en la tierra como si fueran raíces que me aprisionan. Entonces siento los insectos que suben por mis piernas y se empiezan a comer mi carne tierna. Pero yo no chilló. Casi no respiro. Estoy muy callada porque no quiero que descubran mi cabeza y se la coman también.

Safi y Ebambe ya han crecido y van a la escuela. Los amigos de Terrassa nos escriben casi todos los meses y nos mandan paquetes con ropa y cosas bonitas. A papá le han comprado un terreno para que cultive un huerto y a Marie Louise le han regalado una máquina de coser. Cuando llegan las cartas de nuestros amigos, mamá espera que estemos toda la familia reunida para leerlas en voz alta.

Ahora, mientras escribo esta historia en un cuaderno, estamos sentados en el porche a la hora del crepúsculo. Safi hace sus deberes. Ebambe juega con un perrito que viene por las tardes a visitarnos. Mamá cose y Bilengue conversa con los vecinos mientras fuman y beben cerveza.

André siempre anda merodeando por delante de casa. Yo hago como si no lo viera, pero cuando nuestras miradas se cruzan siento un cosquilleo en el estómago.

Ésta que he contado ha sido mi historia, la vida de Kalume y sus hermanas del Congo.

*...ha sido mi
historia, la vida
de Kalume
y sus hermanas
del Congo.*

30



Los autores

Bru Rovira, autor del cuento *Kalume y sus hermanas*, es un reportero internacional. Sus viajes le han llevado a conocer la situación de multitud de países y cómo los conflictos, las desigualdades y las penurias económicas afectan a la vida de las personas. Nos lo explica a través de libros y reportajes en prensa. Recientemente ha publicado *Áfricas, cosas que pasan no tan lejos* (RBA Libros S.A., 2006) y el libro de fotografías *Maternidades* (Editorial Graó, 2005).

El autor de los dibujos de *Kalume y sus hermanas* es Francesc Rovira, dibujante e ilustrador de libros infantiles y juveniles, y también de revistas y otros medios. Los dibujos son el medio que utiliza para interpretar y explicar el mundo. Actualmente trabaja para varias editoriales y es colaborador habitual de las revistas *Cavall Fort*, *Tatano*, *Ser Padres Hoy* y el diario *El País*. Sus libros ilustrados han sido traducidos a diferentes lenguas.

Francesc y Bru son hermanos y, a pesar de que ambos tienen una larga trayectoria profesional, ésta es la primera vez que trabajan juntos en un proyecto editorial.

Saber más

El extranjero aislado de sus compatriotas y su familia debe ser objeto del mayor amor por parte de los hombres y los dioses. Por ello hay que adoptar todas las precauciones para no cometer ninguna falta contra los extranjeros.

PLATÓN, filósofo, 427-347 a.n.e.

A lo largo de la historia, muchas personas han tenido que dejar su tierra porque en sus países de origen tenían miedo y su vida corría peligro.

HOY HAY EN EL MUNDO 8,4 MILLONES DE PERSONAS REFUGIADAS.

El apoyo y la hospitalidad hacia los que sufren persecución es una práctica tan antigua como la humanidad. Pero fue después de la Segunda Guerra Mundial cuando la comunidad internacional decidió definir el término «refugiado», para que así, aunque vivieran acogidos en países distintos del suyo, sus derechos como personas fueran protegidos y pudieran recibir ayuda.

Entonces se creó la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que es una organización que reúne a la mayoría de los países del mundo y cuyo objetivo es trabajar por la paz y el desarrollo de todos los pueblos. A lo largo de los años se han ido promulgando leyes y firmando tratados entre los diferentes países para proteger a la población refugiada.

Las guerras han sido la principal causa de que millones de seres humanos hayan tenido que dejar todo lo que tenían —su casa, sus amigos y amigas, el colegio, el trabajo, etc.— y marcharse en busca de refugio y una vida mejor fuera de sus fronteras.

La mayoría de refugiados viven de forma provisional en campamentos, dentro o fuera de su país, pero no pueden moverse con libertad, y su vida allí no es nada fácil. No pueden trabajar y, en muchos casos, tampoco estudiar. En los campamentos esperan que la situación en sus países o lugares de origen se estabilice social y políticamente para poder volver y reanudar su vida cotidiana.

Las agencias internacionales y las organizaciones no gubernamentales (ONG) llevan a cabo un gran trabajo para mantener la esperanza. Dentro de la ONU, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) apoya a los refugiados mientras están fuera de sus países y les ayuda a volver cuando su tierra es de nuevo un lugar seguro. Otras agencias de la ONU trabajan junto al ACNUR en temas de su competencia, por ejemplo Unicef, que se encarga de temas relacionados con la infancia, o UNIFEM, que trata las cuestiones relacionadas con la situación de la mujer.

También existen numerosas ONG locales e internacionales que trabajan para mejorar las condiciones de vida de los refugiados y para hacer oír su voz en los espacios donde se toman las decisiones que les afectan.

Todos podemos colaborar para conseguir el bienestar de aquellas personas que han tenido que abandonar sus casas. La propia población refugiada nos muestra muchas veces que, trabajando juntos, es posible sobrevivir y afrontar los retos de la vida como refugiados, así como preparar el retorno a la tierra que un día tuvieron que abandonar.

Las mujeres refugiadas son muy valientes. Trabajan duro para que sus familias y otras personas con las que se encuentran en los campos puedan salir adelante. Muchas veces son las únicas personas adultas al frente de la familia o del grupo y tienen que en-

frentarse a situaciones muy difíciles, por lo que es necesario tenerlas en cuenta de una manera muy especial.

Los niños y niñas refugiados necesitan de una protección singular. La Convención sobre los Derechos del Niño es el instrumento que los protege. Casi todos los países se han comprometido a cumplir con la Convención y a respetarla. Todos los niños y niñas refugiados deben estar con su familia, deben estudiar y no deben sufrir explotación.

Hay personas que también tienen que dejarlo todo y marcharse para evitar el peligro que corren, pero que no pueden cruzar las fronteras del estado en el que viven. Son desplazados internos. Tienen los mismos problemas que las personas refugiadas, pero sin embargo no acceden a la misma protección. Actualmente hay unos 25 millones de personas en esta situación.

Recursos de Internet

Estos son algunos enlaces de Internet para empezar a saber más cosas:

–En la página de la ONU (www.un.org) puedes ir al apartado *El Ciberbús Escolar*.

–También puedes ir a la página *La ONU trabaja para la infancia*:

www.un.org/spanish/works/index.html

–Otra página con muchos datos es la del ACNUR, la agencia especializada en el apoyo a los refugiados: www.acnur.org

–En la página de la Campaña del Milenio de Naciones Unidas, en el apartado *Escuelas*, puedes encontrar actividades e información sobre la lucha contra la pobreza:

www.sinexcusas2015.org

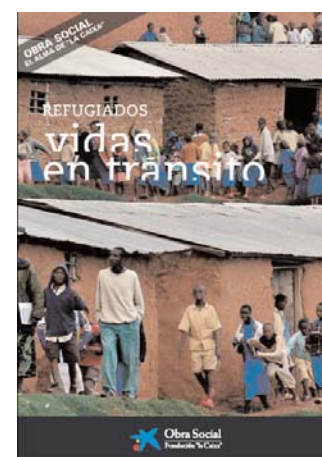
–Puedes visitar la página de la Coordinadora de ONG de Desarrollo, que agrupa a más de 400 organizaciones. Entre ellas, muchas colaboran, directa o indirectamente, con los refugiados y refugiadas en diferentes países del mundo: www.congde.org

–Puedes conocer más sobre las iniciativas de cooperación de esta publicación en:

www.intermonoxfam.org www.entreculturas.org www.msf.es

–También puedes visitar la página de la Obra Social "la Caixa", en su apartado de cooperación internacional: www.lacaixa.es/obrasocial

–Si deseas recibir gratuitamente un ejemplar del dossier «Refugiados: Vidas en tránsito», editado por la Obra Social "la Caixa", puedes solicitarlo en el teléfono de información 902 22 30 40.



Glosario

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR): Es el órgano que establece la Convención de Ginebra para velar para que se cumplan las normas que protegen a las personas refugiadas (www.unhcr.org).

Campamentos de refugiados: Son campamentos provisionales en los que se alojan los grandes grupos de personas refugiadas. A pesar de ser provisionales, los refugiados muchas veces pasan largo tiempo en ellos.

Convención de Ginebra: Fue promovida por la Organización de Naciones Unidas en 1951 para proteger a las miles de personas refugiadas en Europa como consecuencia de la II Guerra Mundial. Tuvo que ser revisada en 1967, al extenderse por todo el mundo la realidad de las personas refugiadas.

36

Convención Internacional sobre los Derechos del Niño: En 1989, los y las dirigentes mundiales decidieron firmar esta convención. Se trata de un compromiso que ha de ser cumplido al igual que una ley para proteger y promover los derechos humanos de las personas menores de 18 años. (www.ohchr.org)

Personas desplazadas: Son aquellas que han tenido que abandonar sus hogares por las mismas razones que los refugiados, pero que no han logrado abandonar el país

en el que se está dando la situación de peligro. Son víctimas del mismo tipo de violencia que los refugiados, pero no tienen la misma protección.

Personas refugiadas: Según la Convención de Ginebra, son aquellas que por miedo a ser perseguidas por motivos de raza, religión, ideas políticas, nacionalidad, etc., se encuentran fuera de su país de origen y no pueden regresar debido al peligro que corren. Hay quien piensa que habría que considerar como refugiados a todas aquellas personas que emigran por causas involuntarias, como por ejemplo los desastres naturales.

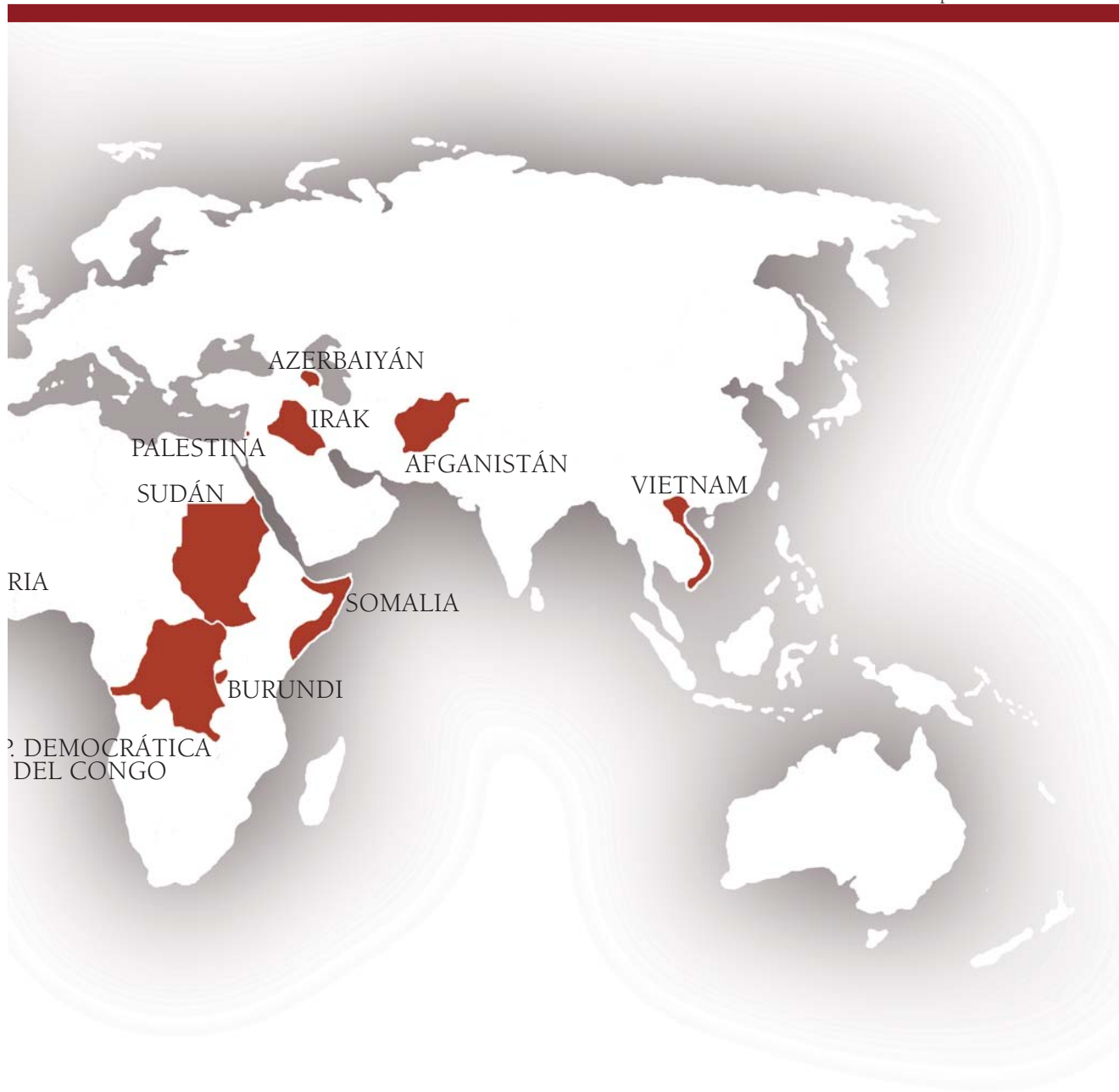
Organización No Gubernamental (ONG): Una ONG es un grupo de ciudadanos y ciudadanas que surge en el ámbito no lucrativo, dirigido por personas con un objetivo social común y sin ánimo de lucro. Las ONG llevan a cabo servicios humanitarios, dan a conocer las preocupaciones de los ciudadanos al gobierno, supervisan las políticas y apoyan la participación política en el ámbito de comunidad. Algunas están organizadas en torno a temas concretos, como los derechos humanos, la salud, los refugiados y refugiadas, etc.

Obra Social "la Caixa"



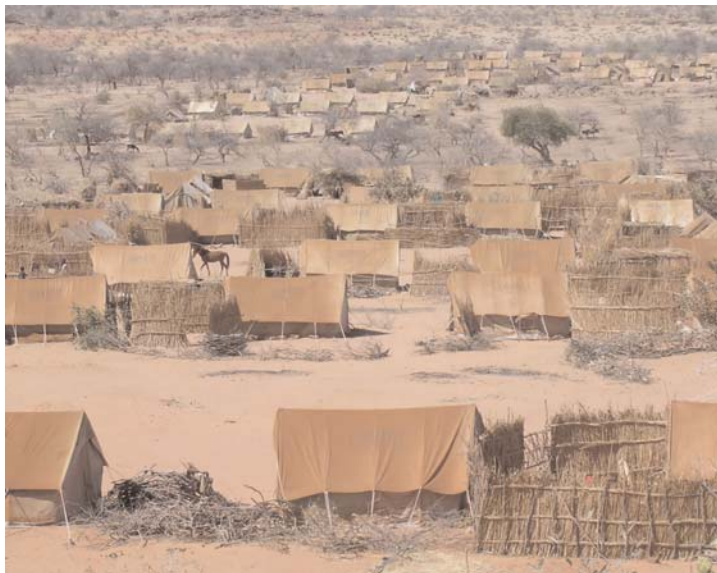
38

Países de origen
de los principales
grupos de refugiados
del mundo



AZERBAIYÁN
IRAQ
PALESTINA
SUDÁN
AFGANISTÁN
VIETNAM
SOMALIA
BURUNDI
DEMOCRÁTICA
DEL CONGO

ALGUNAS INICIATIVAS EN LAS QUE COLABORA EL PROGRAMA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL



Apoyo en la vacunación de ganado en los campos de refugiados del este del Chad

País: CHAD

ONG: Intermón Oxfam

Sudán es el país más grande del continente africano. En el centro-oeste del país hay una región llamada Darfur, en la que los habitantes viven rodeados de animales. Estos animales —camellos, burros, caballos, cabras y bueyes— forman parte de sus vidas. Han aprendido a cuidarlos porque gracias a ellos obtienen carne y leche, tan necesarias para una buena alimentación. Además, como en el país casi no hay coches, algunos de los animales, como los camellos o los burros, también les son muy útiles como medio de transporte.

Los alimentos no solo pueden obtenerse de los animales, los vegetales también son muy importantes para nuestra alimentación, pero en Sudán es muy difícil cultivar la tierra porque las plantas necesitan mucha agua para crecer, y en este país precisamente el agua no abunda. A duras penas hay hierba seca, que es lo que usan para alimentar al ganado.

La vida en los pueblos de Darfur era muy tranquila hasta que se inició una guerra civil. Una parte de la población lucha contra la otra para conseguir el poder. Y, como en todas las guerras, son muchas las personas que sufren multitud de atrocidades: robos, incendios de casas, destrucción de escuelas, muertes, etc.

Muchas familias, asustadas por el cariz que estaban tomando las cosas, decidieron huir y dejar sus pueblos, dirigiéndose hacia el oeste, a otro país, el Chad, en el que no había guerra. Estas familias se llevaron unas pocas pertenencias y todos sus preciados animales. El viaje duró varios días. Al llegar al Chad, les condujeron a una zona en la que se unieron a otros miles de familias que también habían huido del conflicto.

El lugar es como una ciudad con cabañas que reúne a unas 25.000 personas y en la que se les facilita agua, comida y el resto de cosas necesarias para vivir. Es un campo de refugiados.



En el campo también se cuida a los animales, ya que son fundamentales para la supervivencia de las familias refugiadas. A menudo les ponen vacunas que sirven para que no caigan enfermos.

La vacunación de los animales se ha hecho gracias al esfuerzo de las autoridades del país que les acoge, el Chad, y de una ONG llamada Intermón Oxfam, que trabaja, como otras ONG, para ayudar a que todas las personas tengan una vida digna. Juntos, con el apoyo de la Fundación "la Caixa", han podido vacunar a los animales de los campos e, incluso, a los del país de acogida.



Intervención de emergencia por la erupción del volcán Nyiragongo

País: REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO

ONG: Médicos Sin Fronteras

Algunas personas dicen que los volcanes son gigantes dormidos. En enero de 2002, en una ciudad de la República Democrática del Congo llamada Goma, el volcán Nyiragongo despertó. Una noche, de su boca comenzó a salir un río de lava líquida incandescente que

se fue abriendo paso hasta llegar al centro comercial de la ciudad, arrasando todo lo que encontraba en su camino: tiendas, depósitos, escuelas y muchas casas. Era una gran lengua de fuego que al pasar explotaba al contacto con la gasolina de las estaciones de servicio. La ciudad estaba en llamas.

Esa misma tarde, la mayoría de los habitantes de la ciudad de Goma se fueron corriendo y llegaron a un país vecino, Ruanda. Una vez allí, se refugiaron en una ciudad llamada Gisenyi. Cuando pasan estas cosas, las organizaciones humanitarias se preparan para ir a ayudar a miles de refugiados y tratar de darles lo que necesitan, desde medici-

nas hasta tiendas de campaña, ropa, alimentos... Allí acuden también los periodistas para informar de las noticias desde el terreno, anunciar al mundo la catástrofe que la gente está viviendo y hacer así que la ayuda llegue más rápido. En la ciudad, aprovechándose de la huida de la gente, algunas personas o grupos comienzan a robar lo que encuentran.

Cuando el volcán volvió a dormirse, la ciudad había quedado destrozada. Mucha gente lo había perdido todo, pero como estaban hasta cierto punto acostumbrados a las guerras, las erupciones del volcán y otras catástrofes, a pesar de la lava que aún quedaba, volvieron a su ciudad a reconstruir una vez más sus hogares y las organizaciones humanitarias se pusieron manos a la obra para ayudarles a empezar de nuevo.

Después de la catástrofe, la intervención de Médicos Sin Fronteras, que contó con la colaboración de la Fundación "la Caixa", se centró en controlar los riesgos para la salud de la población de Goma, debidos a las difíciles condiciones de vida después de la catástrofe.

Las infraestructuras, incluidas las fuentes de agua, habían sido destruidas. En esta situación, era crucial asegurar una buena distribución de agua potable para evitar la propagación de enfermedades contagiosas. Así, la ONG distribuyó tanques de agua, así como material de agua y saneamiento, y apoyó en el transporte de agua mediante camiones. También estuvo muy atenta a una posible epidemia de cólera, supervisando los casos sospechosos. Por suerte, no la hubo. Mientras duró la emergencia, esta ONG se coordinó con las otras ONG que prestaban su ayuda en la zona, el Ministerio de Salud del país y representantes de la Organización Mundial de la Salud, para asegurarse de que la población recibía la atención sanitaria que necesitaba.





Educación secundaria para refugiados en los campos de Gihembe y Kiziba

País: RUANDA

ONG: Entreculturas-Fe y Alegría

En Ruanda existen varios campos de refugiados que reciben a mucha gente que ha tenido que abandonar su casa.

En los campos de Kiziba y Gihembe, hay muchas personas que tuvieron que huir de un país vecino, la

República Democrática del Congo. La mayor parte de ellas, eran perseguidos por pertenecer a uno de los grupos presentes en la zona: los tutsis.

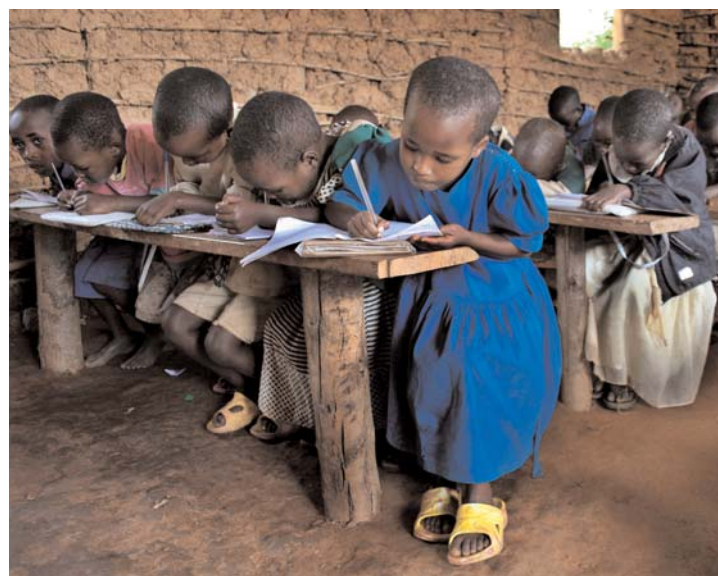
Ruanda es un país muy montañoso, así que los campos están situados en colinas. No se encuentran propiamente en los pueblos o ciudades, sino un poco alejados de ellos, por lo que a veces no es fácil llegar hasta allí.

El Servicio Jesuita de Refugiados lleva mucho tiempo trabajando en estos campos y ahora está realizando un proyecto para que todos los jóvenes tengan acceso a la educación secundaria. Para ello ha unido esfuerzos con una ONGD española, Entrecultu-

ras, y también con la Fundación "la Caixa", porque juntos quieren que se cumpla el derecho a la educación de todos los niños y las niñas refugiados.

En los campos, estos niños se encuentran con algunos problemas que hacen difícil puedan seguir estudiando la etapa de educación secundaria. Por ejemplo, en las clases hay más alumnos de los que realmente caben. ¡A veces hay hasta más de sesenta! Eso hace que no tengan el espacio suficiente para sentarse, escribir, moverse para hacer actividades, etc. Además, de este modo es más difícil aprender, ya que el profesorado no puede ocuparse bien de todos.

Por otra parte, a las personas adultas les cuesta encontrar un trabajo digno, por lo que a veces tienen que pasar mucho tiempo fuera, haciendo unas cosas u otras para conseguir dinero. En algunas ocasiones las familias piensan que alguien tiene que quedarse en casa limpiando, cocinando y cuidando a los más pequeños; y casi siempre deciden que sean las niñas las que abandonen el colegio, entre el 4º y 5º curso de primaria. Así pues, no pueden continuar sus estudios.



Por eso, en las aulas de secundaria hay más chicos que chicas: de cada diez alumnos, sólo tres son chicas.

Para conseguir que se cumpla el derecho a la educación de todos los niños, y especialmente de las niñas, en Kiziba y Gihembe habrá que trabajar mucho, pero tienen todo un año por delante: hay que pensar en nuevos y mejores métodos de enseñanza; facilitar materiales que sirvan de apoyo a las clases; arreglar las aulas de forma que los chicos y chicas puedan estudiar mejor... También se harán actividades muy divertidas, como el teatro o el baile, y los niños y niñas podrán practicar deportes, como el fútbol y el vo-

leibol. Más adelante, la escuela recibirá a más alumnos y serán más los jóvenes que pueden estudiar.

En los campos de refugiados, las personas colaboran en estas tareas, y de manera muy especial el alumnado de la escuela, junto con sus padres y madres. Por ejemplo, estos últimos participan en la elección de los locales que arreglarán hasta convertir en aulas de las escuelas. A continuación, entre todos se ponen manos a la obra, para lo cual



piden ayuda a toda la comunidad. Tanto los niños como las niñas, cuando no tienen clases, ayudan también a reparar su escuela: arreglan paredes, limpian y pintan las aulas... Saben que están haciendo algo importante, y animan a participar a aquellos que todavía no se han apuntado al colegio. Trabajando juntos hacen nuevos amigos, y eso les ayuda a llevar mejor la nostalgia que sienten por la casa, el colegio, la familia y las amistades que dejaron atrás. ¡Y además es divertido!

Pero lo que más les gusta es ayudar a preparar las actividades deportivas y culturales: formar los equipos de fútbol y voleibol, elegir los nombres que van a ponerles, limpiar los campos, formar grupos de danza y teatro... Por otra parte, hay profesores que también son refugiados y trabajan para que los jóvenes reciban una buena educación. Todos juntos impulsan este proyecto, ya que quieren que los niños y niñas refugiados puedan seguir estudiando como lo hacían en sus países de origen.

